

AGLAE

(A N T O L O G I A)

CORDOBA, 1951

AGLAE

Editor:
MANUEL ALVAREZ ORTEGA

Dirección. Escultor Alvarez - Santa Paula. Córdoba

SUMARIO

R. A. C.
BIBLIOTECA

R. 9851

I. 615794921

B. 627615951

- Manuel Alvarez Ortega..... *Castillo junto al mar*
Gabriel Celaya..... *Sobre la nieve*
Pura Vázquez..... *Destino de Adán*
Mario López..... *Rueda de año*
Trina Mercader..... *Dime de esta fugacidad*
Enrique Sordo..... *La oscura alegría*
R. Alvarez Ortega..... *Cuatro canciones*
Angelina Gatell..... *Fugaz*
Octavio Díaz Pinés..... *Suave lucha*
Miguel Fernández..... *Poema a Safo*
Arnold Hottinger.. *Ernest Jünger: sus últimos libros*



UNIVERSIDAD DE CORDOBA



900354570

MANUEL ALVAREZ ORTEGA

CASTILLO JUNTO AL MAR

a Joaquín de Entrambasaguas.

Aunque el mar y la niebla sollozen golpeando el largo mediodía
(de tus muros,
aunque las rocas aullen de hastío bajo los arcos tristes de tu
(silencio,
aunque la soledad sangrante que te ciñe se desgarre como un
(cuerpo desnudo en el crepúsculo
y sea angustia esa quietud que te fluye cual el cálido aroma de
(unos labios purísimos,
nunca será la primavera una lámpara virginal que encienda la
(agonía de tu éxtasis caído
ni un hondo valle que sepulte sobre la lentitud moribunda de
(tus días
esa dicha que sube por las venas salobres de tus almenas sin
(nubes.

Atravesado de un cielo que se abre lentamente bajo un coro de
(nostalgias,
tu desnudez sombría se ofrece a la mañana florecida de pájaros
(y recuerdos.
Colinas y playas desfallecen en el humilde resplandor que
(invoca tu consumido tiempo.
Y en la roja palpitación que se derrama, oasis sin palmeras ni
viento, por tu sangre,
hay un nevado sueño de doncellas y vírgenes que doloridas
(claman entre juncos de ceniza,

acariciando con sus exhaustos dedos la hermosura compasiva
(de tu mínima muerte,
tu muerte doblada sobre el día en un inefable cántico que se
(extiende como una cabellera incendiada de dulce odio.

Oh castillo solitario, castillo junto al tenebroso mar, muralla de
(llanto y pesadumbre,
¿qué ternura sumerges entre palmas e ibiscos en este frío
(jardín donde las fuentes enmudecen
contemplando tanta ruína olvidada sobre labios heridos y cin-
(turas?
¿Qué deshojada música suspendes en este corazón de piedra
(que nace a la sombra inalterable de tu infancia?
¿En qué brisa, en qué aliento, en qué purísimo tacto se perfec-
(ciona esa diurna transparencia
que crece como un deseo a las puertas humildes de un temblo-
(roso abrazo?
¿Qué sol, qué río de plácida lujuria se desgaja de esta fronda
(en que muere tu suspirante alma?

Como un pecho que ansía alejar el diente más duro que cercena
(su carne,
así tu tiniebla ahuyenta de mis ojos ese límite azul en cuyas
(orillas, pensativo, descansas.
Oh desolado mar. Yo no quiero descorrer el misterio en que
(sumerges tu dulce vida.
Yo no quiero abrir esa prodigiosa ventana que invita a recorrer
(todos los cielos apasionados de tu mundo.
En la ardiente hermosura de la mañana te presiento como un
(cuerpo desceñido de la más extenuante danza.
Y arrebatado de inesperada delicia, pronuncio tu perdurable
(milagro a esta tierra inmerecida
que prevalece cual un manantial seco desgarrando el íntimo
(soplo que traspasa tanta insignificante criatura...

Arcila, 1949.

GABRIEL CELAYA

SOBRE LA NIEVE

Y entonces ví: Nevaba.
(No puedo decirlo con otras palabras).

Reinaba el silencio.
(Sonámbulo iba por un mundo nuevo).

Todo era prodigio.
Todo dibujada su exacto sí mismo.

Sin contacto humano,
sin palpitaciones de ser no acabado.

¡Tan simples y extraños
los perfiles limpios y casi esquinados!

Puro, puro—¡oh miedo
de que en lo absoluto no haya más secreto!—

un mundo parado.
(Sólo los relojes seguían marchando).

Alguien que camina
y, en lo blanco, humana y suciamente pisa,

me mira de lejos.
(Me miro marcharme). Digo adiós. Me niego.

PURA VAZQUEZ

DESTINO DE ADAN

Acaso fuera allí, donde el ojo de Dios esclarecía los valles
y el hombre lamentaba su condición de esclavo;
sumisión dolorosa al yugo de la maldición
que brillaba a su espalda, ciñéndosela recia,
como fuego a la frente, a los miembros cansados.

No importa que floreciesen laderas y cimas,
de lirios cárdenos, campanillas doradas,
montaraces, transfigurando en jardín la mañana...

La voz del Señor sonó en los espacios;
fué acaso allí, junto a las bestias furtivas,
junto al agua fecunda de los celestes ríos,
allí, ¡oh delicia de la estrella y el árbol
confundiéndose en el alba del mundo!

Adán dobló la frente donde el polvo brillaba,
y la tierra le hirió las plantas con espinos.
reclamándole arcilla, barro de su sustancia.

Un mediodía lento se quemaba en los bosques.
Adán se desplomaba, doliente, a su destino,
rodando los caminos vírgenes de pisadas.

MARIO LOPEZ

RUEDA DE AÑO

Como Abril en tus labios desvelara mi sangre
y Agosto encendió el sueño de mi amor por tu nombre—
así Octubre ahora moja con su lluvia el recuerdo.

Abril, Agosto, Octubre...

Rueda el año en el pueblo
—humo dormido en lentas campanadas sin tiempo—
dejando entre las manos pañuelos de crepúsculo.

Tus ojos, sin palomas, mantienen el sol frío
que mi sombra atraviesa.

La yedra va tejiendo
por tus senos el eco de los trinos antiguos.

Dolor de estatua.

Otoño.

Siguen en pie las torres.

(Mi amor pasa en las nubes del viento mediodía).

TRINA MERCADER

DIME EN ESTA FUGACIDAD...

Dime en esta fugacidad del momento que pasa
qué hay más allá de los pueblos dormidos.
Los latidos, acompasados, lentos, se buscan
en el mismo regazo que admite sin protesta;
los párpados se han hecho pesadamente densos
y los gestos se arrastran
como la prenda usada sobre el cuerpo desnudo.

Mira cómo se eleva la dulzura de la tierra dormida.
Un leve vaho de establo—aliento de la ciudad—
sube como un humo sencillo.
Todo agrupa su sueño en torno a un corazón cansado:
el mundo se ha hecho breve para cerrar los ojos
con un supremo gesto de muchacho rendido:
mota de polvo al fin, que confía y se posa.

Pero dime, dime si en la fugacidad del momento que pasa
hay algo más hermoso que esa luna que vela,
como una tierna lámpara, los suspiros y el beso.
Dime si esa ciudad es la misma que vela, desnuda, en la mañana.

Mi mano es la caricia de ese pueblo dormido,
de ese pueblo en la noche, tan tibio como un ala en reposo,
rendido sobre un tierno corazón que perdona,
sobre una luna ardiendo o silencio fecundo
de donde nazca el pueblo luminoso del día.

ENRIQUE SORDO

LA OSCURA ALEGRÍA

Así, como cuando los ciegos se sonríen
para decir que todavía tienen el corazón en el mundo;
así, como cuando los niños que no han besado nunca
besan un día, de pronto;
o como cuando los viejísimos barbechos se nutren de los cielos
(de Dios
después de haber olvidado que tenían fecundas las entrañas,
o como la copa de los álamos vuelve a llenarse de verano,
o como el murciélago entreabre sus párpados tras los meses
así, detrás del asombro, llegabas. (de hielo,
Así, así llegabas tú algunas veces.

¿De dónde, de qué oscurísimo suburbio del recuerdo,
de qué temblor de luz poniente, de qué olor de árbol,
de qué claro abandono venían tus casi imposibles lágrimas?
¿Por qué trochas de miedo, de pequeños miedos, bajabas a
(mis ojos?

¿Y qué tibio silencio te empujaba más allá de mi boca?
¿Qué voz, qué gran voz, sombría, te mandaba?

Yo sé que era en las horas huecas, en las horas anchísimas
en que todas las puertas se cierran en la tierra,
cuando el aullido de los perros se vuelve cauteloso
y se hace turbio el ojo inmenso de las ciudades
y el rumor de los hombres suena como un llanto;
pero no puedo saber quién te enviaba.
Yo sé que tu milagroso, breve, sutil abrazo
se ceñía a mi cuerpo cuando la tiniebla se embriagaba

y un afilado hedor de vino y de lujuria manaba de las calles
(mojadas de tristeza.

cuando la cortina rosa de los prostibulos se alzaba
para dejar paso a la verdad del hombre;
pero nadie me ha dicho cómo, por qué venías.
Y sobre todo sé que no te esperaba por miedo a tu dulzura;
pero te dejaba posar sobre mis hombros cansados
de tanto soportar este peso azul del cielo.

Y lloraba cuando tú descendías.

Y tendía mi tímido brazo para buscar al borracho moribundo
que se aquietaba de espanto en las callejas
o a la niña todavía sin alma que comenzaba a dejar de ser pura
o al can sigiloso que se alimentaba del vaho y el rumor de
Y lloraba. (la noche.
Y buscaba el oído escondido que supiera escucharlo todo
o a aquel extraño amigo que pudiera mirar lo mismo que yo
(miraba.

Buscaba y lloraba.
Pero no había nadie detrás de las duras esquinas,
ni detrás de los muros inéditos de las cosas sin concluir,
ni en los portales negros y entreabiertos
orinados por miles de generaciones de borrachos.

Y tú, honda, espaciosa, blanda, como una ola,
crecías, crecías, crecías,
te colgabas de mis pies agrietados
te pegabas, viscosa, en mis manos,
te hundías igual que un chorro de sangre beila
en el vacío de mi boca.

Y hasta que caía una gota de día sobre el cielo
y mi carne temblaba
y tú te borrabas como un humo,
te alzabas tenuemente sobre el recién nacido resplandor
porque tenías miedo a la vida.

RAFAEL ALVAREZ ORTEGA

CUATRO CANCIONES

para Fuencisla.

I

Ya no hay rosa que deshojar en los campos,
ni margarita. (Sí, no. Sí, no...)
Mientras, venía por el monte curvado
la yunta, y detrás
el niño sembrando los surcos recién abiertos.
Cuántos montes verdes, ¿recuerdas?
y cuántos y todos verdes,
y todos distintos.
¡Oh campos partidos!
Ay, el amor.
(Sí, no. Sí, sí...)

II

Si fuéramos pájaros de esta tierra verde,
¿en qué rama besarnos, o a qué altura en el cielo?
Si fuéramos nube de este cielo azul,
¿de qué sol escondernos, qué pincel soñar
o en qué valle abierto deshacernos?
Si fuéramos rayo de luz en la aurora,
¿qué pasión abrir, qué muerte ahuyentar,
de qué flor los estambres fundir?
Pero somos hombres de carne mortal

¿y qué otra cosa pedir, qué otro sueño tener
que conocer el amor y vivir?

III

Si yo hubiera entregado mi amor a la rosa
felicidad para mí sería su corola.
Si a las dulces mañanas otoñales,
felicidad para mí las hojas y los mármoles rotos.
Si yo hubiera entregado mi amor a la noche
felicidad para mí serían las estrellas fugaces.
Ay, pero es a tí a quien yo entregué mi amor
y felicidad para mí
sólo es el templo virgen de tu cuerpo
donde hilillo de amor que en él yo filtre
se levanta y estalla en dichas sin nombres.

IV

Ha sido tan súbita esta primavera
y me ha traído tanta dicha
que más que ser feliz
parece que estoy triste de temor a perderla.
Callar quisiera y morir, como el mirlo que a su vuelta
encuentra talado el árbol de su nido.
Pero callar puede el hombre cuando al sufrir
un visillo de lágrimas le baja hasta su boca.
Mas si es pasión y amor lo que a su boca ha venido
ha de poner su corazón en la hierba y cantar
aun que en ello el mismo amor le vaya.

(Del libro inédito «Regalo de Amante»).

ANGELINA GATELL

FUGA

Apenas si te supe, y ya vuelvo a ignorarte.
Nada de tí me queda hundido en la memoria.
Como una forma hueca cruzaste mi camino,
y ahora ya, lejano, no turbas mi reposo.

Yo sé que en mi sueño no vendrá tu fantasma;
que yo nunca he sabido el color de tus ojos,
ni tus labios pusieron inquietud en mi frente,
ni fueron tus cabellos el nido de mis dedos.

Nada de tí me turba ni conmueve;
eres un muerto frío en mi garganta,
una forma sin luz que se desliza
sin apenas rozarme, sobre el tiempo.

Mis pulsos no se sienten zaheridos
ni se agitan mis labios como hojas,
cuando te veo pasar claro y desnudo
ausente de tu gesto insospechado.

Si en una hora fría vienes a mi memoria
no encontrarás en ella tu recuerdo;
mi frente no te guarda dulcemente;
para siempre te ignorarán mis sentidos.

Sigue tú, inalterable, tu oscuro camino.
Yo soy una canción para otros labios,
un silencio profundo que adormece
el alma taciturna de un destino.

OCTAVIO DIAZ PINES

SUAVE LUCHA

En las cosas más sin esfuerzo,
desde el sangriento vuelo de la espuma
hasta la sed terrible.
En el tiempo pujante y dulce
como un sueño dichoso y negligente.

En la piedra que adornan rumores indecibles,
allá en el fondo, reservada y ciega,
no viva de una carne, estrella ausente
que no apresa ni el viento ni la mano,
y es tacto bajo espesa ternura derramada,
zumo en sollozo casi.

Suave lucha.

Sin sangre ni despojos,
en lejísimos dientes no esperados
que la prisa deshace entre kilómetros
y ventanas y túneles
como esas florecillas que derrumban los besos.

Suave lucha.

Entre estrellas que el ocio gravemente sepulta,
entre divinos labios,
entre abrazos sin forma bajo los plenilunios.

Así no acaban los amados olvidos.

MIGUEL FERNANDEZ

POEMA A SAFO

I

¿Era un río de música, o eras tú con silencio
de las arpas de Grecia y de los lagos,
con las trenzas de sueño columpiando
estrellas ya dormidas en los montes?
¿Eras así, muchacha, suelta, ave,
un velero de sándalo en las islas
que te cierran el mar de peces rojos
y la playa dorada de palomas?
El pie descalzo por la blanca nube,
el encendido bosque de campanas
que llenaban tu paso, ¿eras tú
como un río de música, pasando?

II

Las ruínas se llenan de nostalgia.
¿Ha sonado esa flauta de la tarde,
el sol caído o tu mirada nueva?
Niña de agua, río
acuñado de fuego, mimbre dulce,
¿ha sonado tu voz o tu silencio?

III

Aquí dejas, sagrada, la majestad del tiempo,
como un vino de Naxos, espeso de su púrpura,

trascendido hasta el suelo donde el amante queda
hecho tallo vibrante.

Aquí el mar, las colinas,
y la vestal que ofrece miel y leche, desnuda.
La majestad del tiempo insinuado en danza
se te queda en la boca, en el claro donaire
de un dios adolescente,
y así, tiempo de almendras, tiempo
de vírgenes, pasas, río de música,
muchacha lánguida en el mar
seguida por un pájaro de tiempo,
por un coro de niños
desde el horizonte:

Tu nombre se llama Amor...

Tu nombre quema los labios...

ERNEST JÜNGER: SUS ÚLTIMOS LIBROS

Hace muy pocos meses todavía era fácil hablar de Ernest Jünger. Hoy, ya no. Porque a finales del año pasado han salido a la luz dos nuevos libros suyos que parecen señalar una dirección distinta en su obra. Probablemente se trata de una radical transformación dentro de esa obra, ya tan llena anteriormente de revueltas, de contradicciones, de opuestas posiciones dialécticas, pues Jünger es el escritor de los pasajes subterráneos, de los laberínticos corredores que no surgen a la superficie si no es en las más altas cumbres, en los glaciares, en los confines de la muerte y de la vida. Su primer libro, el que le dió nombre, ya no tiene actualmente otro interés que el puramente psicológico. Era una apoteosis de la lucha narrada por el más joven oficial alemán de la primera guerra mundial, muchas veces herido, muchas veces condecorado. Nos basta la lectura del título para adquirir una idea ilustrativa: «In Stahlgewittern» («Temporales de acero»).

A partir de este libro fluye constantemente una corriente de ideas militares a lo largo de toda su obra. Se sobreestima en ella los valores castrenses, la disciplina; lo prusiano de un modo especial. La vida consiste, en gran parte, en los actos de mandar y obedecer. Por eso los héroes de sus novelas no pueden ser menos de oficiales del ejército.

Pero, afortunadamente, hay otras cosas más interesantes en los libros posteriores de Jünger. Y son, precisamente, sus problemas particulares, aquellos que él mismo debe resolver del mejor modo posible. Claro está que nos interesan solamente como base sobre la cual se apoya su arte. Porque Jünger a pesar de todo lo dicho, es fundamentalmente artista. Su material es la prosa alemana a la cual ha dado nuevas calidades y propiedades descriptivas que antes no tenía. En algunos lugares de su obra nos habla de su maestro, «Nigromontanus», buscador y descubridor, al fin, de la magia de la superficie. «Sentimos cómo la conjugación de los sentidos se mueve ligeramente,

igual que un velo milagroso, igual que la cortina delante del misterio». En la superficie se unen todas las líneas que nacen de lo profundo, y para advertirlo sólo precisamos contemplarla con atención. Una de las características de la superficie, acaso la más reveladora, es el color. Jünger, pues, se hace escritor para los ojos, narrador de impresiones visuales. Su arte consiste en describir lo visible, pero mirándolo más atentamente que había sido mirado hasta ahora; y de esa descripción de lo externo deben salir todos los particulares de lo interior, incluso las mismas raíces de la vida. Así, Jünger, es un gran amoroso de la vida, forma y colores de los insectos. También hay en su obra amplias descripciones de la fauna marina del Golfo de Nápoles en las que se toca ese punto en que se reúnen mágicamente el color y la vida; la metafísica de lo físico, a través de un calamar o algo semejante. Esa es una de las facetas del arte de Jünger: la educación de la pupila para poder ver lo esencial de la existencia detrás del aspecto de las cosas y a través de él. Además, esa educación de los ojos hacia el exterior tiene su correspondencia: la educación de los mismos hacia el interior, de modo que puedan penetrar en el sueño a través de su descripción. Lo onírico, y todas las formas de ebriedad (Rausch), son también espejos mágicos de la vida. En el clima del alma todo es significativo, desde el más estético sueño hasta el sadismo; y todo lo significativo debe ser representado. Entre esos dos polos—lo interior y lo exterior, aspecto y sueño—se descubren inesperadas conexiones, pasajes escondidos que penetran en el centro de la creación; un nuevo modo de ver cambia espontáneamente el mundo.

La forma más adecuada a tales experiencias, a esas constantes irrupciones tras la esencia de las cosas, siempre desde algún detalle ajeno a ellas, es la del diario. Y diario son los libros más perfectos de Jünger, como, por ejemplo, «Das Abenteuerliche Herz» («El corazón arriesgado»), que lleva el significativo mote: «Dies alles gibt es also...» (Porque existe todo esto). Así, también, sus diarios de viajes a Italia, a las islas griegas, a Noruega, o, igualmente, «Garten und Strassen» («Jardines y Caminos»), la novela de la invasión en Francia durante la segunda guerra. En todos esos diarios perdura y predomina el análisis, creando nuevos aspectos del mismo, inesperadas relaciones, miradas desde un inédito y muy fructífero punto de vista. En ellos sigue el autor, de un modo inédito y muy plausible, los derroteros de la vieja creación, pero no sabe crearlos él mismo. Sólo en «Das Abenteuerliche Herz», hasta ahora el más logrado de sus libros, llega a alcanzar un clima poético, más de creación que de análisis, especie de fantasmas en lugar de descripciones. «Das Abenteuerliche Herz» podría considerarse

un hermano menor y modernizado del «Spleen de Paris», de Baudelaire.

Las novelas nuevas: La primera, «Auf den Marmorclippen», agradable e interesante por su contenido, describe la lucha del espíritu contra la brutalidad organizada. En su tiempo se entendió esta tesis como una diatriba dirigida al nazismo; sin embargo, hoy, ya puede considerarse bajo otros aspectos, dirigida con otras funciones. Su tema central es el del «puesto perdido», situación predilecta de Jünger, y está escrita en alemán perfecto, rígido, de fuertes colores, y con una tensión dramática que se mantiene hasta las últimas páginas. Con todo eso tiene un grave defecto: bajo su espléndida masculinidad hay una carencia casi absoluta de valores humanos. «Estos no son hombres—me dijo un amigo a quien había llevado el libro en el impulso del primer entusiasmo—, estas son figuras mecánicas que tienen aspiraciones estéticas; quizás el único que tiene algo de hombre es el Oberförster (intendente de bosques y montes, especie de imagen de Hitler)». Pero, a pesar de eso, esta novela—el hecho es deplorable—es la mejor que se haya escrito en lengua alemana desde 1933.

Su última obra, «Heliópolis», 1949, quizás alcanza el punto crucial en el tortuoso y secreto camino de Jünger. Hay otro mito dentro de la obra de Jünger, invención de Nigromontano: lo que él llama «die Schleife» (el lazo, la parábola). «Bajo la parábola entendió una elevada manera de sustraerse a las circunstancias empíricas...». «Quien sepa describir la parábola podrá gozar en el centro de las ciudades gigantes y en medio de la tempestad del movimiento, de la bonanza sabrosa de la soledad...». «A menudo le oí decir que existía una parábola que hasta el último era capaz de describir, y que la puerta de la muerte, la más importante de las puertas invisibles, quedaba abierta para todos nosotros, sin diferencias entre el día y la noche». A esas parábolas que habían sido las únicas que los personajes de Jünger supieron describir, al menos en teoría, y que son la muerte, y la lucha, y los valores estéticos, vienen a sumarse ahora otra nueva y muy importante: el dolor, y con él, en contrapeso, el amor. Esto significa, en el campo ideológico, algo así como una humanización del arte. En «Las Peñas de Mármol», la lucha no conoce otra solución que la victoria o la muerte. Pero en la segunda novela el héroe, por primera vez, sabe confesarse vencido. Con esa forma de dolor, el dolor reconocido como tal, también hace su aparición el contricante de aquél, el amor. Este, si antes había existido, era una simple exigencia estética; ahora se hace necesidad. Esta irrupción en los nuevos dominios humanos encuentra sus fórmulas en «Heliópolis». Así, dice: «Eran polacios de hielo que ha-

bía creído, y que no durarían más de un invierno... El arnés se había roto, y con él, el oscuro orgullo... Por primera vez necesitó a un hombre, a un cierto hombre bien determinado». Las páginas en donde se cuenta la propia conversión, que tiene lugar bajo la acción de un narcótico, recuerda a Kafka. (Antes de este último libro, «Heliópolis», era difícil imaginarse distancia más inmensa, en todas las letras alemanas, que la reinaba entre Jünger y Kafka).

Esta nueva novela es un producto de transición. Las páginas a que me refiero se encuentran al final del libro y para llegar a ellas hay que pasar antes por todo un mundo técnico-fantástico, con gramófono y cohetes, en el cual se reiteran, aunque de un modo más complejo, las situaciones de «Auf den Marmorklippen». Para lograr atrapar la tesis central es preciso estar muy atentos, haciendo abstracción de gran parte de lo escrito, que está hecho con la perfección de siempre, con el mismo brío, pero que es muy irrelevante en su fondo. Casi podría decirse que la novela en sí solo consta de unas treinta páginas. Las cuatrocientas restantes son un sacrificio constante a la memoria del Jünger anterior; desde luego muy interesante, muy inteligente, a veces de una marmórea belleza, a veces de una marmórea crueldad... Pero lo que es nuevo, verdaderamente vivo y creador, es esa ampliación del aspecto humano, ya referido. Si Jünger lograrse conformar sus temas y su estilo a este descubrimiento de lo humano, probablemente sería el paso decisivo que había de convertirle, de espléndido y fascinante escritor, en un gran maestro.

Zurich, 1950.

ARNOLD HOTTINGER.

(Arnold Hottinger nació en Basilea en 1926. Estudió en esta ciudad y en Zürich, donde se licenció en Filosofía y Letras el pasado año. Viajero incansable, ha recorrido los principales países de Europa y África del Norte. En España permaneció todo el verano del año 1949, donde asistió a los Cursos para Extranjeros celebrados en la Rábida y Santander. En la actualidad prepara su tesis doctoral, que versa sobre el «Calila e Dimna», y la publicación de una versión alemana de Poesía española contemporánea en la que figuran algunos poetas jóvenes. El presente ensayo sobre Ernst Jünger ha sido escrito directamente en castellano, lo que nos habla, por su claridad y concisión, del gran conocimiento que Hottinger posee de nuestro idioma.)

LIBROS

Sentado sobre el suelo, de Manuel Pinillos. Colección «Almenara». Zaragoza.

He aquí una muestra bien ajustada del excelente poeta que en Manuel Pinillos existe. «Sentado sobre el suelo» es un libro que gusta ya a la primera lectura por su sencillez, su emotividad, por ese clima humano que arranca de la mayor parte de los poemas, realidad viva, entrañable y vibrante. El libro está dividido en cuatro partes—«Ahogado por el peso del recuerdo», «La entrega», «Mis coloquios» y «Hasta apurar la muerte»— que responden en su totalidad al bello mensaje que encauzan. O sea, poesía intimista, serena, honda, a veces llena de un agri dulce sabor a veces dolorosa y sombría. Si algún defecto se halla en esta primera entrega de Pinillos es, sin duda, el título del volumen, algo impreciso y no muy buen definidor del ancho y trascendente aliento que contiene.

Antología poética, de Joaquín de Entrambasaguas. Col. «La encina y el mar». Madrid.

La poesía de Joaquín de Entrambasaguas es demasiado compleja para una nota tan breve como puede hilvanarse en una publicación como la nuestra. Y más en este caso en que Entrambasaguas nos da una visión de su totalidad poética. Pues desde su primer libro, tan profundo como desconcertante, que es «Voz de este mundo», libro de un matiz surrealista y amargo, hasta el aún inédito «Canto del hombre», donde Entrambasaguas se convierte en cantor del hombre y del mundo agitado de nuestros días, su trayectoria poética oscila entre un cúmulo de exquisitos y apasionados poemas («Madrigales sin ternura», «El corazón lejano») o un torrente desbordado de cruel e hiriente realismo («Poemas de la ciudad»). Completan el volumen la «Oda a Federico García Lorca», de vibrante y dramática raíz, vivo dolor por el gran poeta muerto. Agradecemos a Joaquín de Entrambasaguas este bello libro, muestra interesantísima de su compleja e inquieta personalidad.

SUSCRIPTORES DE HONOR DE AGLAE

Rafael Balsera del Pino
Octavio Díaz Pinés
Martín M.^a de Arrizubieta
Gabriel Moreno Chamorro
Luis Jiménez Martos
Antonio Palomares
Juan Bernier
Alfonso Sola Alcaide
Fernando Sendra
Mariano Amó de la Linde
Nicolás Osuna
Joaquín Pagés

Carmen Vilella
Francisco Pedrero
Miguel Aguirre
Valentín Barrera de la Merced
Antonio Morales Jiménez
Emilio Más Norte
Victor Salmador
Benigno Santiño
Victoria Gator
Pedro Pozo Alejo
Pedro Pérez-Clotet
Francisco Poyatos